



Ahmadou
acompañado
por algunos
de los profesionales
que le atendieron

doctor Mulet del Hospital Clínico, ya que en nuestro centro carecemos de cirugía extracorpórea.

Hay que decir que de una forma totalmente personal, se solventó el problema económico, ya que con el dinero conseguido en Senegal a través de Cáritas Italiana y Austriaca hubiera sido imposible plantear la cirugía de recambio bivalvular, por el excesivo coste de las dos válvulas. Pero Ahmadou necesitaba éstas, y las dos fueron recambiadas.

Tras una prudente estancia en el Hospital Clínico para control post-quirúrgico, se trasladó de nuevo a nuestro centro donde inició una lenta, pero progresiva recuperación. Se adecuó el tratamiento que de forma permanente ha de llevar, pues debido a ser portador de dos válvulas metálicas, precisa tratamiento anticoagulante y por su afectación miocárdica debe seguir con diuréticos y digital.

Indudablemente existió, en un principio, un problema de relación con él, probablemente debido a su inicial desconfianza, su poca habituación al clima, el idioma (habla francés), la manera de tratarle, la comida, etc.

Con los primeros que tomó confianza fue con los médicos y el hermano Benjamín quizás por el trato diario y el conocimiento del idioma. Después enfermera y auxiliares, por su dedicación y sus cuidados, fueron las grandes amigas. No era extraño verle acompañando a los cardiólogos en la consulta diaria y en la ronda diaria por las plantas.

¡Cómo disfrutaba con los caramelos que habitualmente están en el servicio de cardiología! ¡Cómo esperaba los fines de semana para salir de paseo con Conchita, del servicio de voluntarios, y estar en familia olvidándose un poco del hospital!

Ahmadou hizo un gran cambio después de la operación. Pasó de ser un niño triste a ser alegre, y a pesar de que su familia está lejos, cómo piensa en ella y les escribe con frecuencia, sien-

do al mismo tiempo agradecido con las personas que lo cuidan.

Y aunque él no lo sabe, incluso se ha conseguido que parte de la medicación que necesitará durante su vida le sea suministrada de forma totalmente gratuita por los Laboratorios Leo, gracias a las gestiones de Pedro J. Gómez, representante.

Sabemos que está bien y que nos recuerda. Ya nos ha escrito desde Senegal deseándonos feliz Año Nuevo. Nosotros también nos acordamos, y quién sabe si algún día, no lejano, nos volveremos a ver.

Doctor Miguel Rissech

SIERRA LEONA

«Los sueños sueños son...» y ésta es la historia de un sueño que ha vivido nuestro querido Mohamed en los últimos días del año que acaba de terminar. Un sueño que para él no ha dejado más realidad de que ha sido vivido, que unas cicatrices en su cuerpo, que quizá en algún tiempo no recordará siquiera por qué las tiene, ni quién se las hizo, y ello es debido a que el pequeño Mohamed es eso, pequeño, es un niño y como a tal, lo único que le mueve es el ser feliz, cuanto más mejor y durante el mayor tiempo posible.

La historia se inició aproximadamente tres años atrás por accidente. Mohamed ingiere sosa cáustica, sustancia altamente corrosiva, que en Sierra Leona, su país, se utiliza para fabricar jabón de lavar la ropa, y que por lo tanto se encuentra en la mayoría de las casas, ya que cada familia se fabrica su propio jabón a partir de las materias primas. La ingestión de la sosa provoca una quemadura importante en la boca y el esófago, de manera que este último, al cicatrizar de las lesiones producidas, se va endureciendo y estrechado. Poco a poco los alimentos tienen más dificultad en ser tragados y en pasar de la boca hacia el estómago, donde deben empezar la digestión. Mohamed se va adelgazando

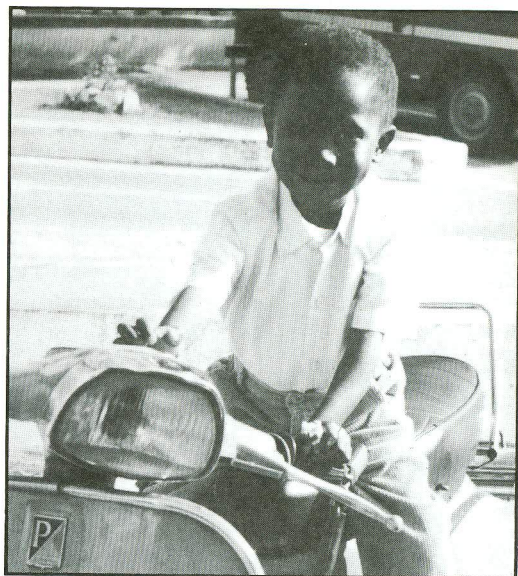
poco a poco, al mismo tiempo que se va entristeciendo. Su alimentación empieza a cambiar, y pasa de comer el plato diario de arroz y pescado ahumado con aceite de palma, comida que efectúan una vez al día y que es su sustento básico, a comer tan sólo papilla de arroz, ya que los alimentos sólidos no le pasan por el esófago. La cara se le va adelgazando, los huesos de todo el cuerpo se le van marcando cada vez más, el pequeño se va deteriorando progresivamente. Afortunadamente para él, su familia vive a pocos kilómetros del hospital de Lunsar y deciden llevarlo a que lo vean allí.

Cuando es visitado en el hospital, Mohamed se encuentra en un estado de caquexia importante, es decir, su desnutrición es tal que su vida empieza a peligrar. En este momento ya sólo es capaz de ingerir líquidos y con cierta dificultad. El doctor Víctor Durán, que se encuentra allí trabajando junto a los hermanos, se ve obligado a efectuarle una gastrostomía, que consiste en comunicar el estómago con el exterior para así poder alimentarse introduciendo los alimentos a través de una sonda. Pero en África así no se puede sobrevivir. Allí donde la tasa de mortalidad es alta, del 50 % al llegar a los cinco años, sólo sobreviven los fuertes y Mohamed si no puede comerse su plato de arroz, está condenado a muerte.

Empiezan a alimentarlo con leche y huevos, con papillas y con todo aquello que puede pasar con una jeringa a través de una sonda. Mientras tanto, todos le toman cariño y los hermanos inician las gestiones para traerlo a España y solucionar su problema de modo definitivo, ya que la intervención que precisa, por ser de gran dificultad y riesgo, no puede efectuarse en el hospital de Lunsar. Durante este tiempo Mohamed se va ligando cada vez más a aquello que le está permitiendo vivir, que le va dando fuerzas poco a poco, una simple jeringa; con ella come, a través de la sonda, y con ella juega; se hace su compañera inseparable.

Los hermanos le financian el viaje, solucionan mil problemas burocráticos y por fin consiguen que el pequeño pueda venir con el doctor Durán cuando éste retorna a España. La gran aventura se inicia para Mohamed. Coger el jeep del hospital y desplazarse hasta la capital, Freetown. Allí, llegar hasta el aeropuerto y ver su primera maravilla, un avión, en el que además va a subir. Todo es nuevo, la gente, el vuelo, la escala en Casablanca durmiendo en una cama, y no en el suelo, aunque él está más cómodo de la otra forma. Así, sin dificultades, llegan a Barcelona, al hospital infantil.

En el hospital se le hacen radiografías, análisis, pruebas, cosas que a Mohamed le deben parecer como mínimo brujerías, pero se adapta rápido y fácilmente, como es propio de los niños.



Mohamed sonríe después de la intervención

Aprende con gran rapidez los millones de nuevas experiencias que va viviendo. Mientras tanto, se decide el tipo de intervención que precisa para sustituir a su inservible esófago: se colocará un fragmento de colon, intestino grueso, que comunicará la boca con el estómago. De esta forma los alimentos podrán pasar sin dificultad y como en un niño normal. Se efectúa la operación y a los diez días Mohamed se vuelve loco comiendo tortilla, pollo, galletas, arroz, cualquier cosa que le den, ¡pero que le guste!

Mohamed está muy feliz, se engorda, juega con los juguetes que le van regalando, pero en los momentos en que parece estar más divertido dice: «Takone Lunsar» («me quiero ir a mi casa de Lunsar») traducido del témini, su lengua materna. Necesita volver a su casa, con su familia, comer su plato de arroz, tiene añoranza. Se decide que viajará solo, a pesar de sus aproximados seis años, ya que para volver con alguien adulto, sería preciso esperar un mes más, y la espera podría suponer un nuevo choque, un adaptarse cada vez más aquí, y la dificultad de readaptarse luego a su ambiente, extremadamente primitivo, simple, viviendo sin nada y siendo felices como si lo tuviesen todo.

Parte en avión, acompañado del hermano Benjamín, hasta Amsterdam, allí tomará él solo el avión que le llevará en vuelo directo hasta Freetown, donde le esperarán los hermanos de Lunsar. Nuestro Mohamed ha vivido un sueño, y además esto es lo que pensarán sus familiares cuando les explique las increíbles cosas que ha vivido, y no le entenderán. Mohamed se olvidará, ¡nosotros no!

Doctor José M.^a Ribó